

# La crisis del sistema soviético

FERNANDO CLAUDÍN\*

UNO de los últimos chistes que circulan por Moscú reza así: se abre el informativo de la televisión y el presentador se dirige a los televidentes con el tratamiento de «señoras y señores», en lugar del tradicional *tovaritchi*. Con cierta solemnidad, anuncia: «Señoras y señores, el experimento iniciado hace setenta años ha terminado.»

En efecto, fue un «experimento» en el sentido fuerte del concepto. No creo que en la historia universal haya un ejemplo parecido de creación de un nuevo tipo de sociedad obedeciendo tan rigurosamente a un esquema preestablecido, manipulando la materia prima social con tan absoluta falta de consideración a las consecuencias humanas inmediatas, subordinándolo todo al logro de un «futuro luminoso».

El objeto del experimento, la sociedad multinacional soviética, comienza a tomar conciencia de ello, a medida que se pone en tela de juicio toda la historiografía oficial, y en particular la versión de que la revolución de Octubre fue un resultado ineluctable de supuestas leyes del desarrollo social, rectoras del curso de las cosas, tanto en la Rusia de los zares como en el capitalismo mundial. En realidad, la conquista del poder por los comunistas rusos fue posible gracias a una coyuntura política determinada por causas co-yunturales (cansancio de la guerra, ruina económica, debilidades del gobierno provisional) y por una reivindicación que, ésta sí, venía de lejos y afectaba a las estructuras básicas de la sociedad rusa: la reivindicación de la tierra. Pero, justamente, esta reivindicación no tenía nada de socialista.

A medida que las circunstancias coyunturales desaparecieron, las tendencias y factores más profundos y permanentes pasaron a un primer plano, y en su conjunto eran contrarios al proyecto leninista. Ante todo, la transformación del campesinado, el 80 por 100 de la población, en una masa de pequeñas economías privadas.

En cambio, a dichas tendencias y factores básicos obedeció la revolución de Febrero, comparable en este aspecto a la revolución francesa. Pero a diferencia de ésta, la sociedad civil heredada del zarismo era mucho más débil que en Francia, tanto en el sentido económico como político y cultural. El papel del poder estatal, sobre una sociedad en gran medida amorfa, desvertebrada, sin instancias intermedias arraigadas, era mucho más determinante que en el caso francés. Como el propio Lenin decía, coincidiendo

con la opinión de destacados intelectuales, la sociedad rusa tenía fuertes rasgos asiáticos.

Todo ello hizo posible —junto con algunos otros factores, también de gran peso, como la enorme extensión del país, su situación geoestratégica, relativamente marginal respecto al sistema de estados europeos— que la dictadura y el terror jacobinos, instaurados por los bolcheviques, tuvieran tiempo para construir un fuerte aparato militar, policíaco y burocrático, capaz de mantenerse en el poder sobre una sociedad sin tradiciones democráticas, que sólo había salido de la servidumbre unas décadas antes, y de la autocracia zarista hacía tan sólo unos meses. Sin duda, desempeñaron asimismo importante papel las características ideológicas y organizativas del partido bolchevique, el mejor preparado para «restablecer el orden» en el caos social y político de 1917. Y también el excepcional talento táctico de Lenin, unido a su férrea determinación para alcanzar los objetivos que se trazaba.

El propio Lenin reconocía que desde el punto de vista de la teoría marxista en Rusia no existían condiciones objetivas para una revolución socialista, pero en una primera fase —abierta por las famosas Tesis de abril— pensó que esa carencia podría ser compensada por el triunfo de la revolución socialista en los países capitalistas europeos. Aquí falló su análisis del capitalismo, de la situación bélica europea, y de la actitud de la clase obrera occidental, que según dicho análisis habrían de combinarse explosivamente para desembocar en la gran revolución socialista europea y, por ende, mundial.

En una segunda fase, cuando se había desvanecido esa esperanza y la Rusia revolucionaria quedaba aislada; cuando, pese a todo, se había producido el «milagro» —la expresión es del propio Lenin— de que los comunistas conservaran el poder, el jefe del partido reconoció de nuevo, con su habitual franqueza, que en Rusia no existían las «condiciones objetivas» para el socialismo. Pero —decía en uno de sus últimos escritos— sí se había creado una coyuntura favorable para tomar el poder y barrer a terratenientes y capitalistas, ¿acaso no había sido justo aprovecharla y luego, con la palanca del poder, adelantar a los países avanzados y crear las condiciones económicas, políticas y culturales necesarias para el socialismo?

Este fue la gran apuesta histórica de Lenin, una innovación en la aplicación del marxismo que, según decía, no modificaba «la línea general de desarrollo de la historia universal». Pero el mantenimiento de la apuesta no era posible sin una dictadura del partido —travestida en «dictadura del proletariado» o en «poder soviético»— cada vez más férrea y totalitaria. Sólo así podía asegurarse el control de una población sometida a enormes tensiones, esfuerzos y sacrificios en aras del «experimento» llamado construcción del socialismo; sólo así pudo colectivizarse, recurriendo a una represión masiva que causó millones de víctimas a la gran masa campesina; sólo así pudo imponerse un régimen draconiano en las fábricas para asegurar el cumplimiento de los desmesurados objetivos de los planes quinquenales.

La autocracia despótica de Stalin, su régimen de terror perma-

**EL  
TALENTO  
TÁCTICO DE  
LENIN**

**LA  
AUTOCRACIA  
DESPÓTICA DE  
STALIN**

**LA  
DICTADURA  
TOTALITARIA  
DEL PARTIDO  
ÚNICO**

nente, el *Gulag*, no fueron un accidente casual en el desarrollo del sistema soviético que contradijera su esencia. Reflejaban el antagonismo profundo entre la naturaleza y los objetivos del poder totalitario, por un lado, y los intereses, las necesidades, los sentimientos sociales y nacionales de la gran mayoría de la población. Fueron necesarios para *prevenir* la explosión de ese antagonismo, para inculcar un miedo duradero, para demostrar la inutilidad de toda resistencia; para moldear las mentes con una desinformación y una propaganda permanente, sin contraste posible con otras informaciones y opiniones; para mantener aislado a todo el país de las influencias extranjeras. Fueron necesarios, en suma, para instaurar lo que Marx había anticipado con el nombre de «comunismo de cuartel».

Es cierto que Lenin, después de la guerra civil, ante el aislamiento exterior y la ruina interna, ante las sublevaciones campesinas y nacionalistas, ante las huelgas obreras y la insurrección de Kronstadt, decidió cambiar de rumbo y pasar del «comunismo de guerra» —primer intento de construcción directa del socialismo— a la llamada Nueva Política Económica (NEP). La vía hacia el socialismo, planteó, no debía basarse en la coacción sino en el desarrollo del cooperativismo voluntario. Pero esta apertura, que creó una economía mixta con un amplio sector privado e hizo posible un rápido restablecimiento agrario e industrial del país, no fue acompañada de una reforma política.

La dictadura del partido comunista se mantuvo intacta, los otros partidos socialistas —los mencheviques y socialistas revolucionarios—, sin hablar ya de los partidos democráticos burgueses, fueron definitivamente liquidados. La contradicción entre el pluralismo económico y social, por un lado, y el monopolio del poder en manos del partido único, por otro, fue resuelta por Stalin liquidando la NEP y volviendo a los métodos del «comunismo de guerra».

La dictadura totalitaria del partido único era el instrumento para llevar a cabo el «experimento», la columna vertebral del nuevo sistema. Su contenido económico-social, una vez abandonada la NEP, volvió a ser el modelo que originariamente inspiraba a los doctrinarios de Octubre —en realidad, la NEP no significaba el abandono de ese modelo sino su aplazamiento y la búsqueda de una nueva vía para llegar a él—, que podría resumirse en pocas palabras: estatización total de la economía, liquidación del mercado, planificación centralizada e imperativa. Este modelo económico debía ir acompañado de la elevación del nivel cultural de la sociedad, pero con una cultura encorsetada en la ideología marxista-leninista, cada vez más dogmatizada.

Así se creó el mecanismo económico que junto con el monopolio comunista del poder generó un cuerpo único, un tipo de Partido-Estado regimentador de la totalidad de la vida social. Política, economía, información, cultura, ideología, le pertenecían y estaban bajo su control vigilante.

Con la muerte de Stalin, este sistema conoció su primera crisis abierta, pero la reforma intentada por Jruschov no pasó de eliminar sus aspectos más brutalmente represivos. Las estructuras fun-

damentales siguieron en pie durante el largo reinado de Bréjnev. Sólo con la llegada de Gorbachov al poder y el comienzo de su *perestroika* se están poniendo en cuestión dichas estructuras.

Durante mucho tiempo se tuvo la idea en Occidente de que el sistema soviético había sacrificado la libertad en aras de la igualdad y de la eficiencia económica. Los primeros planes quinquenales coincidieron con la gran crisis económica del capitalismo en los años treinta. Los records triunfales de crecimiento industrial que anunciaban los dirigentes soviéticos parecían confirmar las tesis marxistas sobre la superioridad de una economía basada en la propiedad estatal de los medios de producción y en la planificación, sobre la economía basada en la propiedad privada y el mercado.

Es cierto que destacados economistas occidentales pusieron en duda esas apreciaciones, pero sus análisis tenían escasa resonancia, sobre todo en la izquierda occidental. Tampoco se daba mucho crédito a los disidentes. Ahora son los propios economistas soviéticos los que vienen a dar la razón a sus colegas occidentales. La ineficiencia económica del sistema creado bajo Stalin se ha convertido en un lugar común, y los resultados aparentemente espectaculares de la industrialización soviética, en el curso de los sucesivos planes quinquenales, tienen ya una explicación racional. Fueron logrados mediante una explotación de tipo colonial de los recursos naturales y humanos del país, concentrando todos los esfuerzos en la industria pesada —igual que hizo el zarismo a finales del siglo XIX y comienzos del XX— y, especialmente, en la industria militar, sacrificando la agricultura y la industria de bienes de consumo.

La planificación ultracentralizada y burocrática hizo posible tal tipo de «desarrollo», al mismo tiempo que representaba un obstáculo, cada vez mayor, para el perfeccionamiento tecnológico y el incremento de la productividad. Finalmente, las posibilidades de seguir avanzando por ese camino se agotaron. La economía soviética perdía el tren de la nueva revolución tecnológica y se rezagaba más y más de los países capitalistas avanzados. Semejante proceso representaba una amenaza, incluso, para la potencia militar de la URSS y su estatus mundial de superpotencia. Al mismo tiempo se degradaban los ya bajos niveles de vida de la población, empeoraban los servicios sociales. Como ahora se reconoce en las publicaciones soviéticas, tenía lugar un proceso de «tercermundización» del país.

La histórica apuesta de Lenin no había funcionado y el «experimento» resultaba un fracaso. Llegaba la hora insoslayable de la reforma.

El fracaso no tenía un significado puramente interior, limitado al espacio ruso-soviético. El proyecto leninista era universal. La revolución de Octubre debía ser el primer paso hacia la revolución mundial. No es casual que la URSS careciera de una adjetivación territorial, ni que su emblema fuera el globo terráqueo con la hoz y el martillo superpuestos, y su himno la Internacional. La URSS era, como anunció Lenin, el embrión de la futura Unión Mundial de Repúblicas Socialistas Soviéticas.

**POSIBILIDADES  
AGOTADAS**

**EXPANSION  
ES DEL  
SISTEMA**

En realidad, la primera expansión del sistema nacido de Octubre tuvo lugar en el marco del antiguo imperio zarista, puesto que en un principio el poder comunista no triunfó más que en el centro ruso del imperio. En la periferia no rusa predominaron inicialmente gobiernos no bolcheviques (mencheviques, socialrevolucionarios, democrático-burgueses) y fue el ejército rojo, en el curso de la guerra civil, quien los desalojó del poder e impuso el régimen comunista en Ucrania, Georgia, Armenia, colonias musulmanas del Asia central, etcétera.

La segunda expansión tuvo lugar al amparo del pacto germano-soviético de 1939, con la anexión de los estados bálticos —que habían mantenido su independencia, lo mismo que Finlandia, después de la revolución de Octubre—, de parte de Polonia y de la Ucrania subcarpática.

La tercera expansión del sistema soviético se produjo, como es sabido, al amparo del reparto de zonas de influencia que siguió a la victoria en la Segunda Guerra mundial. En 1948, tras un breve período de «democracia popular», obedeciendo a una decisión de Moscú, se instauró el modelo soviético en Polonia, Alemania oriental, Checoslovaquia, Hungría, Rumania y Bulgaria. Sólo Yugoslavia escapó a la larga mano de Stalin. En todos esos países soviéticos los comunistas eran una minoría, y en casi todos una pequeña minoría. El nuevo régimen que se les imponía no tenía nada que ver con sus tradiciones históricas y culturales, ni con la realidad política nacional. Fue simplemente exportado al amparo del ejército soviético, que de liberador se había convertido en ocupante.

La cuarta expansión del sistema soviético se produjo en el curso del proceso revolucionario de descolonización que siguió a la Segunda Guerra mundial. Algunas de estas revoluciones —China, Vietnam, Corea, Cuba, Angola, Mozambique, Etiopía, etc.— fueron dirigidas por partidos comunistas (que no siempre se llamaban así) subordinados a Moscú, o cayeron posteriormente bajo su dirección. También instauraron sistemas de tipo soviético. En otros países emancipados del yugo colonial la expansión soviética se limitó a bases militares, acompañadas de influencia política y económica.

Así, en los años cincuenta y sesenta, la naturaleza expansionista del sistema soviético se había materializado en un gran imperio, no sólo en el plano interior sino en el exterior. El fundamento de esa «naturaleza» no era sólo la ideología, el postulado de que el sistema soviético representaba la realización del socialismo con arreglo a leyes del desarrollo histórico que conducirían, antes o después, a su universalización, a través de una «lucha de clases» mundial, cuya gran vanguardia armada era precisamente la Unión Soviética. Esa ideología en la que eran educados los soviéticos desde la infancia.

Pero en la «naturaleza» expansionista del sistema soviético entra también otro ingrediente: una concepción de la «seguridad», derivada del carácter territorial del imperio euroasiático asiático. De acuerdo con esta concepción, cuyos orígenes se remontan al pasado ruso, la seguridad imperial requería que en las fronteras

existiesen «gobiernos amigos», y en la época soviética sólo podían serlo —aquí intervenía de nuevo la ideología— si el régimen de dichos países era similar. Es decir, si el poder estaba monopolizado por partidos comunistas fieles a Moscú.

Durante mucho tiempo los dirigentes comunistas pensaron que podían vencer en esta lucha mundial —ayudados por las «leyes de la historia»— si adelantaban económica y militarmente al capitalismo occidental. Pero ya en la década de los sesenta comprendieron que la competición en el aspecto económico no llevaba trazas de inclinarse a su favor, y concentraron sus máximos esfuerzos en el terreno militar. La estatización y la planificación imperativa de la economía les permitía dirigir sus principales recursos a dominios donde inicialmente Occidente era superior: especialmente el dominio del armamento atómico y el de la flota de guerra. A finales de los setenta y comienzos de los ochenta la Unión Soviética y su bloque habían logrado ya la paridad, si no la superioridad, en el dominio militar.

Hasta los últimos años de Bréjnev, los generales soviéticos consideraban que una guerra nuclear no sería el holocausto de la humanidad; aunque ocasionara inmensas destrucciones, habría vencedores y vencidos, y los vencidos serían los países del capitalismo (que coinciden con los de democracia). Por otra parte, y congruentemente con esa concepción, en la doctrina militar soviética desempeñaba un papel fundamental el factor sorpresa. Se le consideraba decisivo para limitar las pérdidas propias y aniquilar al enemigo.

Como es bien sabido, durante mucho tiempo amplios sectores de la izquierda occidental consideraban que la «amenaza soviética» era un mito inventado por el imperialismo americano. Se pronunciaban contra la Alianza Atlántica y la OTAN, a las que atribuían proyectos agresivos, y justificaban el esfuerzo armamentístico soviético por razones defensivas. Ahora son los mismos dirigentes de la *perestroika* los que dicen comprender la inquietud y el temor de las democracias occidentales en el período anterior. Los mismos cambios que están llevando a cabo en su política exterior, la «nueva mentalidad» que proclaman, representan, de hecho, la confesión implícita de que la «amenaza soviética» era una desagradable realidad. Y los intelectuales soviéticos más independientes, como el académico Sájarov, lo reconocen y denuncian abiertamente.

Todo ello —el imperio, el expansionismo, el esfuerzo por alcanzar la supremacía militar sobre Occidente— acabaron siendo factores fundamentales de la crisis del sistema soviético. Eran objetivos que sobrepasaban sus posibilidades internas, especialmente en el aspecto económico. Y, por otra parte, chocaban abiertamente con la voluntad de los pueblos y, a veces, de sectores de los mismos partidos comunistas incluidos en el imperio. Los procesos contra los dirigentes comunistas de las «democracias populares» a finales de los cuarenta, la insurrección húngara y el octubre polaco de 1956, la ruptura chino-soviética, la primavera de Praga en 1968, el arrollador movimiento de Solidaridad en 1980-1981, fueron otros tantos signos dramáticos del conflicto entre la política

## **LA AMENAZA SOVIÉTICA**

imperial de Moscú y la lucha por la independencia de los pueblos sometidos. Lo mismo puede decirse de la heroica lucha del pueblo afgano contra la invasión soviética.

El declive imparable de la economía, la degradación de la vida social, el fardo armamentístico, la rebelión latente del imperio exterior, han sido, indudablemente, factores fundamentales de la crisis del sistema soviético. Pero no hay que subestimar el factor representado por la oposición interna.

Durante décadas estuvo muy difundida en Occidente la idea de que la dictadura totalitaria apenas encontraba oposición en la sociedad soviética. Idea falsa, porque el simple hecho del terror estaliniano y de la represión posterior, más selectiva, mostraban por sí mismos la realidad de una resistencia. Otra cosa eran las formas en que podía manifestarse. Ya el período de Jruschov reveló que en esa sociedad existía un anhelo de libertad. Posteriormente, durante el largo inmovilismo brejneviano, se desarrolló el movimiento de la disidencia.

En mi libro *La oposición en el «socialismo real»* (1981), utilizando la información accesible hasta aquel momento, mostraba que la disidencia —contrariamente a una opinión muy extendida en la izquierda occidental— no era un fenómeno de quijotismo, aislado del cuerpo social, sino más bien la punta emergente de un iceberg que tenía sus bases profundas en un descontento larvado de amplios sectores sociales. Se manifestaba en el absentismo laboral, en el alcoholismo masivo, en explosiones sociales de carácter local que el monopolio de la información permitía ocultar, en el tenaz intento de las obras literarias y artísticas por decir en lenguaje esópico lo que no podía decirse claramente, en la crítica de los males del régimen que se efectuaba en innumerables círculos restringidos, en la incredulidad total respecto a los dirigentes y sus palabras, y en otras muchas formas. La gran difusión del *samizdat* y la amplia información de que disponía, no eran concebibles sin extensas ramificaciones en la sociedad. Ahora, gracias a la *glasnost*, se conocen nuevos datos de ese período que confirman plenamente lo que acabamos de decir.

Esta oposición ha sido también un elemento importante de la crisis del sistema, un factor de presión nada desdeñable sobre el grupo dirigente, y el núcleo inicial de las nuevas tendencias sociales y políticas que se han extendido y diversificado rápidamente en el proceso de la *perestroika* y la *glasnost*.

Los últimos mohicanos del «experimento», entre los llamados conservadores soviéticos y entre los comunistas occidentales, se aferran al argumento de que hubo muchas cosas malas pero también se alcanzaron grandes éxitos. Yuri Afanásiev, el conocido historiador soviético, destacado protagonista intelectual de la *perestroika*, elegido diputado en las recientes elecciones, responde así a ese argumento: en esto que se llama «socialismo real», lo que es real no es socialista y lo que es socialista no es real. Industrialización, desarrollo cultural, servicios sociales, etc., no son de por sí privativos del socialismo y\*han sido alcanzados en el capitalismo con un nivel mucho más alto de calidad y de abundancia y, sobre todo, sin sacrificar la libertad. Por otro lado, lo que hay de socialis-

mo no es real, es decir, «existe» sólo en el discurso ideológico, en las palabras. Hubo un *abismo* —la expresión es del propio Gorbachov— entre esas palabras y la realidad.

Cuando se dice que en el socialismo soviético había democracia social, derechos sociales, aunque no hubiera democracia política, se está falseando la verdad, y basta con leer actualmente la prensa soviética para comprobarlo. Los conceptos de «derecho» y de «democracia», cualquiera que sea su adjetivación, no tienen sentido si falta la libertad política. Pueden ser prestaciones del poder, pero no derechos.

La ausencia de paro, presentada como máximo ejemplo de la superioridad del sistema soviético, no era la expresión de una economía sana, productiva, sino todo lo contrario. Era la expresión, y al mismo tiempo una de las causas, de la baja productividad, del retraso tecnológico y de una distribución irracional de los recursos humanos y materiales. La *perestroika* económica no podrá realizarse sin afrontar un elevado índice de paro. Según los economistas soviéticos, el 50 por 100 de la actual mano de obra es de tipo manual. No hace falta decir lo que esto significa para una reconversión tecnológica como la que se proyecta.

En resumen, la *perestroika* no significa el paso de un determinado nivel de «socialismo» a otro superior. Inicialmente, así era concebida por Gorbachov y su equipo, y así es vista todavía por algunos partidos comunistas occidentales, pero la constatación de la profundidad de la crisis, de su carácter global, no deja ya lugar a dudas. Es la crisis irreversible de ese «socialismo», que debe entrecomillarse porque —como dice Afanásiev— no tiene nada de realmente socialista.

Lo que objetivamente se ha puesto al orden del día, con el desarrollo de la *perestroika*, es un cambio de sistema: el paso de la economía estatizada a una economía mixta, en la que el sector público desempeñará un papel mayor o menor —como sucede en el capitalismo— y el sector privado, particular o cooperativo, un papel relevante y en aumento: el paso a una economía de mercado y la integración de la economía soviética en el sistema económico mundial, es decir, en el sistema capitalista: el paso del régimen de partido único a un sistema de pluralismo político, que antes o después se configurará como pluripartidista. Ya está claro que así será en Polonia y Hungría, y lo mismo sucederá en la gran metrópoli del sistema si la *perestroika* sigue adelante.

El cambio de sistema incluirá, forzosamente, la liquidación del imperio, interior y exterior. La actual explosión de los nacionalismos —de los periféricos y del ruso— no tiene más solución racional que un nuevo tipo de relación federal basada en la soberanía real de las diferentes repúblicas. Y el imperio exterior tendrá que desaparecer, pura y simplemente, lo que no implica la desaparición del Pacto de Varsovia —mientras no se llegue a un acuerdo de las dos grandes alianzas militares para autoliquidarse—, pero tendrá que asentarse en el reconocimiento efectivo de la soberanía de los estados que lo integran.

En cuanto al socialismo, sin entrecomillado, reaparecerá allí, como no ha dejado de existir en Occidente, en tanto que movi-

## **PERESTROIK A Y ECONOMÍA**



miento real que reforma continuamente la sociedad actual en una dirección de más libertad, de profundización de la democracia, de creciente justicia social y de mayor igualdad.

El «experimento» iniciado en octubre de 1917 implicó la división del movimiento obrero internacional, debilitándolo en sus luchas sociales y en su acción política por la democracia, contra el fascismo y la guerra. Pero la gran mayoría de ese movimiento siguió fiel a los ideales de un socialismo democrático. Hoy, los herederos de la Internacional Comunista, aquéllos que no quieren verse convertidos en piezas de museo, vuelven la vista hacia el socialismo democrático, hacia los partidos socialistas y socialde-mócratas, tanto en el Este —y sobre todo en el Este— como en Occidente. La trayectoria de estos partidos, con todos sus defectos y errores, respondía a los intereses profundos de los trabajadores. No trataba de imponerles una verdad preestablecida, no los consideraba materia social para realizar una utopía concebida en cenáculos intelectuales. Consideraba, repito, que el socialismo es el movimiento real de los trabajadores mismos, el que transforma positivamente la sociedad existente. No lo que inmola su presente en aras de un futuro imaginario.